

## SECCIÓN HISTÓRICA

---

Ya que en algún sector de la prensa periódica, no ha mucho, se ha suscitado el recuerdo de las llamadas *mónita secreta* de la Compañía de Jesús; creemos no estarán fuera de lugar y tiempo, en la sección histórica del presente número, las siguientes páginas. En ellas, los que hayan oído algo de la fábula y también los que la desconozcan tendrán dónde informarse y juzgar con pleno conocimiento.

### FÁBULAS SOBRE LOS JESUÍTAS

ESTUDIO AUXILIAR PARA LA HISTORIA DE LA CIVILIZACIÓN

POR

BERNARO DUHR, S. J.

La «Mónita secreta», o instrucciones secretas de la Compañía de Jesús.

Entre los instrumentos de guerra añejos y herrumbrados, pero perpetuamente vueltos a exhumar para combatir a los Jesuítas, se cuenta de un modo particular la *Mónita Secreta* o Instrucciones secretas de la Compañía de Jesús. Mas no, no son herrumbradas, sino que según un estudio de la Facultad teológica de Jena, que ha merecido los honores del premio, y según el parecer de su censor oficial, el señor profesor Rippold, pertenece la *Mónita* «no a la clase de las armas anticuadas y herrumbradas, sino a la de las más tajantes (1).»

Toma el estudio laureado de Jena la base histórica de la *Mónita* en su mayor parte de la exposición de los apóstatas, llamados «viejos católicos», como Druffel, Reusch, Döllinger, Hoffmann, Huber: o de los protestantes, como Harenberg, Gothein y Blanckmeister (2).

Otros tienen no sólo la sustancia, sino también el escrito mismo como auténtico. El renombrado historiador belga Gachard escribe que en la supresión

---

(1) *Revista de la Teología científica*, 1895, pág. 287.—El autor de este trabajo premiado acerca del Fundamento histórico de la satírica *Mónita Secreta* «hace notar al respecto, ya en la introducción, cuánta importancia da a la realidad del asunto la propia confesión de Duhr, de que los miembros de la Compañía reputaron por tan pernicioso el escrito de Zahorowski, que tentaron la vía de comprar su silencio; que sólo desistieron de la negociación a causa de la gruesa suma de dinero que él exigía por el silencio; y que más tarde repetidas veces fueron compradas y destruidas ediciones enteras». Así se explica el profesor Rippold, *Revista de la Teología Científica*, 1895, pág. 281. No he hecho jamás la confesión que se me atribuye.

(2) *Revista de la Teología Científica*, 1895, págs. 283-399.

de la Compañía de Jesús, fueron hallados en el colegio de Roermond muchos papeles reservados de los Jesuitas, y entre ellos la *Mónita Secreta*. Este libro, dice él, es impugnado por muchos, y se ha puesto en duda su autenticidad. Pero su hallazgo en el colegio de Roermond desvanece cualquier duda (1).

También fueron encontrados la *Mónita*, y otros papeles el año de 1767 entre los papeles de los Jesuitas de San Sebastián, de lo que tuvo gran contento el ministro Roda. Presentóles al punto al monarca, en quien causaron profunda impresión (2). De esta manera, un libelo difamatorio que desde siglo y medio antes, autoritativa y públicamente, había sido marcado con fuego, se hizo valer entonces para exacerbar el ánimo contra los Jesuitas. Ni aún ha bastado eso, pues un siglo más tarde se produce nuevamente el tal escrito como auténtico y veraz en la guerra movida a los Jesuitas.

El Jesuitismo, se dice por ejemplo en los alegatos científicos de la Gaceta universal (1869 - n. 325) estableció peculiares normas para aquellos de sus miembros que destinaba a la dirección de los príncipes. Redactáronse tales reglamentos en 1602 y llevaron el nombre de *Mónita Secreta*: conteniendo el gran plan de dominar el mundo por medio de la religión. Las Instrucciones secretas son en lo exterior admirables. Así prescribe, por ejemplo el cap. 2, art. 7: «Ganaránse fácilmente las princesas por medio de las damas de su cámara: por lo mismo conviene mantener la amistad de éstas: porque así se tendrá franca entrada aun a los asuntos más reservados de las familias...» Cómo hayan seguido los jesuitas por estos pasos, sabrán contarlos casi todos los países de Europa. Donde los medios suaves no les dieron resultado, usaron de la violencia y de las amenazas.

Esa *Mónita* secreta exteriormente admirable es no otra cosa que un burdo libelo difamatorio. La primera edición del libelo lleva este título: *Mónita privata Soc. Jesu. Notobrigae. 1612*. No sólo se anuncia falsamente el lugar de la impresión, sino también el número del año. La verdad es que el escrito se dió a luz en Cracovia, año de 1614. El autor es un polaco ex-jesuita, llamado Zahorowski, que en el año 1613 tuvo que ser despedido de la Compañía, y buscó en la publicación del libelo infamatorio un modo de vengarse (3).

(1) *Analectes belgiques*, I, 63, Habets, que lo refiere, le hace el conveniente reparo sobre la enormidad de su raciocinio contra la lógica.

(2) Carta de Roda, a 21 de Junio de 1767: *Le han dado gran golpe al Rey, y me han mandado distribuir algunos ejemplares a personas determinadas*. (Orig. Simancas, Gracia y Justicia, leg. 978.) Con referencia a otro hallazgo igual, escribe Tanucci a 15 de Junio a Losada: «...Seppur non si fosse usata la politica dei Gesuite ritrovata in Vittoria tralli fogli segreti del Provinciale, che tutti il Provinciali loro avevano sotto il titolo di Monita arcana. Vi si prescrive di destinare a coltivare le vedove ricche Gesuite di buono aspetto ed età, conciliarsene affetto, regali e crediti. (Cop. Simanca, Estado, leg. 6021.)»

(3) El nombre del autor aparece ya en el decreto del Obispo de Cracovia con fecha 11 de Junio de 1615. El libelo infamatorio se divulgó primeramente por copias manuscritas, como lo expresa el decreto condenatorio del Administrador del Obispado de Cracovia, a 20 de Agosto de 1616: luego después se imprimió como el mismo decreto dice, *ante duos circiter annos in civitate hac*: y por tanto, la impresión es de Cracovia, año 1614. El mismo nombre da al autor Huylenbroucq en sus *Vindicationes alterae* (Gandavi, 1713, p. 115) y allí mismo se refiere también, que Zahorowski hizo con el P. Argenti, llegado como Visitador a Polonia en 1613, una tentativa para obtener mayor indemnización; pero después se negó a reconocer el laudo de los árbitros señalados, que habían



1. DIVULGACIÓN.—A la primera edición de Cracovia, año 1614, siguieron luego, edición tras edición, no sólo en Polonia, sino en casi todos los países particularmente en Alemania, Francia e Inglaterra. El conocido Schoppe, jurado enemigo de los Jesuitas, presentó la *Mónita*, con el título de *Instructio secretissima* en su libelo infame de 1634 *Anatomía Soc. Jesu*. En el año 1663 se publicó una traducción alemana rotulada: *Política de los Jesuitas o exhortaciones secretas de la llamada Compañía de Jesús*. En la introducción de una edición de 1668, se dice que esta *Mónita* nunca se ha impreso hasta ahora, y que ahora por primera vez por una especial gracia de Dios, le vino a las manos a un eclesiástico que había recibido la primera educación de los Jesuitas. Todavía en 1782 pone una supuesta edición de Roma en su título esta pomposa advertencia: *Impreso ahora por primera vez* (1).

De otras traducciones francesas se citarán aquí solamente la de Colonia del año 1669 titulada *Secrets des Jesuites*, la posterior *Cabinet Jesuitique*; y más las ediciones de Turín en 1718, de Colonia en 1701 y 1723, y *Les mysteres les plus secrets des Jesuites*, Paderborn (París) 1761.

Ediciones latino-inglesas posee el Museo británico tres diversas: *Secreta Mónita Soc. Jesu - The secret instruction of the Jesuit*, Londres, 1723, 1746, 1824. Traducciones Inglesas. Londres, 1658, 1847, 1850, 1851.

En el siglo XVIII fué reimpresa la *Mónita* en Alemania en Halle, 1725; Francfort, 1749; en la *Historia pragmática de las principales Ordenes religiosas*, 1783; en la *Exposición preliminar del actual Jesuitismo alemán*, 1786; y en las *Antiguas máximas fundamentales de la Orden de los Jesuitas*, 1799.

El siglo XIX, sin contar más que lo publicado en Alemania, ha visto la edición de Francfort en 1815 (*Sobre el restablecimiento de los Jesuitas*); la de

---

sido dos por elección de Zahorowski, y otros dos por elección del Visitador: y entonces difundió por todas partes la *Mónita*. El cómo, con ser universal esta difusión, expresa sin embargo el proceso episcopal que la edición se hizo el año 1614, lo ha venido a poner en claro el que empezó a sustanciarse en 1615: *Diarium domus professae, Soc. Jesu ad S. Barbaram*, publicado por la Universidad de Cracovia, pues en él señala determinadamente como el tiempo de la publicación el mes de Agosto de 1614; y como autor, nombra el Diario con precisión a Jerónimo Zahorowski: *Prodiit eodem mense (Augusti) Famosis ille contra Societaten libellus cum illo titulo Monita privata Soc Jesu. Author eius suppresserat nomen, sed breve certo constituit a D. Hieronymo Zahorowski fuisse scriptum.* (Scriptores rerum Polon. XIV, 125. (Cracoviae, 1889.) Véase también XIV, 110-391 y *Précis historiques*, 1890-11.

(1) Sobre dicha edición apuntó el conocido bibliógrafo Graess esta advertencia: *Poseo un ejemplar de esta rarísima edición con notas críticas marginales, que a no dudarlo, provienen de un Jesuita poseedor de dicho ejemplar* (1782). *Estoy muy lejos de mirar el escrito como una falsificación, al contrario, lo tengo absolutamente como manual, prescrito por algún miembro iniciado de la Orden.* (Graesse, *Tresor de livres rares*, v. 57-6. Cuando un renombrado bibliógrafo escribe semejante estolidez, será ya fácil de ver sin asombro cómo cierto librero señala constantemente en su catálogo aquella edición con el precio de 50 marcos, y añade esta nota: *Ejemplar sumamente raro, que ha permanecido incógnito para todos los demás bibliógrafos, de la instrucción secreta para los Superiores de los Jesuitas. Que no ha sido fingida por algún enemigo de la Orden, se patentiza por el pie de imprenta de esta edición y por las enmiendas marginales que lleva mi ejemplar, las cuales evidentemente son tomadas del manuscrito original.* (Kerler Ulm. Catálogo 177-n-100.) La edición ni es rara ni desconocida, ni hecha en Roma. Véase Backer, *Bibliothèque*, tit. *Loyola*; y (Doller) *Los enemigos de los Jesuitas*, Francfort, 1817, p. s.

Viena en 1815 (*La Compañía de Jesús como manifestación histórica universal*): de Erlangen en 1816: *Alemania* en 1816: Aix-la-Chapelle en 1824 y 1826: Nordhausen en 1845: Leipzig en 1846: San Gall en 1846: Minden en 1852: Erfurt en 1853 y 1867; y Barmen en 1886.

Esta, que en modo alguno ha de tomarse por lista completa, muestra la difusión, y deja presentir el trastorno que habrá producido la *Mónita* en la cabeza de sus lectores. Muchas veces se han visto precisados los Jesuitas a salir al encuentro de tan grave daño. Desde un principio protestó contra la *Mónita* el Visitador de la Provincia Jesuítica de Polonia P. Argenti, en una Vindicación dirigida al Rey Segismundo, fecha en Cracovia, a 14 de febrero de 1615; declarando que la tal *Mónita* es una monstruosa falsificación (1).

A 9 de Julio de 1616 encarga el General Mucio Vitelleschi al P. Gretser de hacer una impugnación del maligno escrito (2). La impugnación de Gretser se publicó por primera vez en 1618 (3). Ya antes había estampado Bembo la suya (4); Siguiéronse más tarde las refutaciones de Ad. Tanner (5), Forer (6), Masen (7), Huilenbroucq (8), van Acken (9) y otras. También en la parte contraria había autores que tenían el libelo por una falsificación. Baste citar aquí uno que dice: «*Las instrucciones secretas de la Compañía de Jesús, monumento de vergüenza que los enemigos de los Jesuitas se han levantado repetidas veces a sí mismos*» (10).

2. PRUEBAS QUE SE HAN DADO DE LA AUTENTICIDAD.—Afirman con gran aplomo muchos enemigos de los Jesuitas la autenticidad de la *Mónita secreta*, como cosa decisivamente demostrada, por cuanto la *Mónita* contiene justamente las máximas que dichos enemigos presentan como genuinamente jesuíticas.

Así, por ejemplo, habla la edición de Viena de 1815 en la Advertencia preliminar: «*Faltábanos hasta ahora una traducción alemana, de lo cual debe haber sido causa la rareza de todos esos escritos. Hase intentado poner en duda su*

(1) *Apologeticus pro Soc. Jesu* (Colon. 1616) p. 131. La primera edición es de Cracovia, 1615.

(2) *Prodiit ante aliquot menses (!) ignoto autore liber quidam cui titulus a Mónita privata Soc. Jesu quem, cum a R. Va. visum credam, quam perniciose, etsi dissimulanter Societatem traducat, ab eaden etiam animadversum existimo. Hunc R. V. stylo refutari ac redargui velim, ostendique quam falso maligneque Societatis innocentiam perniciosius suis monitis conetur traducere.* (Cop). (Cuando en los documentos no se indica lugar alguno de Archivo, se trata de piezas que posee la Orden, y que yo personalmente he visto en diversas partes.)

(3) *Contra libellum famosum... Mónita privata S. I. libri tres apologetici*, 1638. En sus *Opera omnia* XI, 939, 399.

(4) *Mónita salutaria data anonymo auctori scripti nuper editi cui falso titulus: Mónita privata S. I. Sine loco: 1615.*

(5) *Apología contra Mónita privata S. I.*

(6) *Antanatomía*, 1634: contra la *Anatomía* de Schoppe.

(7) *Gretserus reviviscens contra aurea monita Relig. Soc. Jesu Coloniae*, 1661.

(8) *Societatis Jesu Vindicationes alterae*. Candavi, 1713.

(9) *La Fable des Monita secreta*. Bruxelles, 1882.

(10) Textualmente publicado por un seglar católico: Paderborn, 1853. Es un estudio muy digno de leerse, como el de Doller *Los enemigos de los Jesuitas*, del que el autor del estudio que se acaba de citar dice (pág. 40): «El excelente escrito de Doller ha permanecido hasta 1817 en la biblioteca de una de las más renombradas Universidades de Alemania, sin que se cortaran sus hojas.»



autenticidad; pero semejante pretensión sólo la han abrigado aquellos que ignorando por su inexperiencia la fuerte trabazón Interna de la Compañía, no quieren llegar a percibir que urdimbre de finísima política y de ilimitada ambición y codicia dimanan de ella. ¿Quién otro que los Jesuítas se hallaría en estado de coordinar una serie de máximas de la clase de las que se contienen en las reglas secretas?»

La necesidad de una nueva edición, la fundaba en 1886 Pastor Gräber (Meiderich) con estas palabras: En tiempo nuestro se ha hecho sumamente necesario poner de manifiesto la esencia del Jesuitismo. Y de ningún modo puede esto lograrse mejor que con la publicación de la *Mónita secreta* (1). Empieza Pastor Gräber su primera lección con mucho acierto, diciendo: «Tratándose de obra tan infame como lo es la *Mónita secreta Societatis Jesu*, Prescripciones secretas de los Jesuítas, que aquí de nuevo se proponen a la atención del pueblo alemán, se pregunta con pleno derecho cuál es su autenticidad; porque son prescripciones tan escandalosas, astutas e hipócritas, que apenas es posible creer que se halle impostor alguno tan refinado, que llegue a excogitar semejante plan.»

Sin embargo, él confiesa que no sabe si el autor de tal *Mónita* fué Ignacio, Lainez, o el falso devoto Francisco de Borja, o Aquaviva: y así por toda demostración de la autenticidad, dicen en conclusión el señor Pastor, que el autor indudablemente fué un hombre doblado.

Primeramente: esta *Mónita* fué hallada y descubierta en varias ocasiones en poder de los Jesuítas (2).

Esta primera falta revela absoluta carencia de crítica. La conclusión en breves palabras es la siguiente: Se ha encontrado ésto en poder de uno: luego él es el autor de ésto. ¡Cuántas cosas se podrían demostrar con este disparate lógico! Por ejemplo: En poder del juez instructor de la causa se han hallado las armas con que el homicida cometió el asesinato: luego el juez es el autor del crimen. De aquí se ve que el señor Pastor ha tenido poco que ver con los Archivos. Allí podría encontrar ejemplares manuscritos de toda clase imaginable de hojas volantes contra los Jesuítas porque muchas de ellas no sólo se esparcieron por la imprenta, sino también por medio de copias, y de este modo pasaron de mano en mano. De la *Mónita secreta* en particular es cosa comprobada que antes de darse a la estampa, se divulgó en copias manuscritas: y todavía se hallan hoy ejemplares manuscritos de ellas en casi todas las grandes bibliotecas.

Un amigo o un enemigo envía a los Jesuítas de Paderborn, de Praga, de Lieja o de Glatz—que todos éstos se citan como lugares en que se ha verificado el hallazgo—un ejemplar de esta clase: ¿están obligados los Jesuítas a destruir el ejemplar? Todavía puede actualmente el señor Pastor en cualquiera biblio-

(1) Gräber. *Las Instrucciones secretas*... 2.<sup>a</sup> edición. Barmen, Klein, sin año.

(2) Esta misma demostración ha pretendido autorizar también, Martin Philippon, escribiendo: «Los Jesuítas han negado este hecho de la existencia de las Instrucciones secretas, perpetuamente; pero el hecho está suficientemente demostrado por hallarse actualmente dos ejemplares manuscritos de ellas en la Biblioteca de la Universidad de Munich.» *Europa occidental en los primeros años de Felipe II*, Berlin, 1882, p. 63. La crítica histórica que asienta, que es lo mismo estar manuscrito que ser auténtico, es digna de gran admiración.

teca grande de los Jesuitas hallar libelos infamatorios manuscritos e impresos contra los Jesuitas, que se han recogido allí para saber con exactitud qué es lo que los enemigos pretenden demostrar: pero el concluir de aquí que los Jesuitas son los autores de esos libelos, es cosa absolutamente inadmisibile. También Huber, adversario de los Jesuitas, habla de dos de esos manuscritos de la *Mónita*; pero tiene bastante sensatez para añadir en seguida: «Naturalmente, la existencia de esos dos manuscritos no demuestra que la *Mónita* haya salido del seno de la Compañía y sido para ella regla de conducta; pueden haber existido en otra parte y haberlos adquirido los Jesuitas, porque ellos tenían necesidad de una copia manuscrita o de un ejemplar impreso a fin de defenderse (1). El mismo Friedrich, que «ha consagrado su vida a la guerra contra la Curia y contra los Jesuitas» (2) y que se fatigó en gran manera por demostrar en virtud de una Instrucción el hallazgo de la *Mónita* en Praga en 1611, se ve forzado a agregar: «Con esta demostración no se llega todavía a establecer quién sea el autor de la *Mónita*, o si su origen ha de atribuirse a la Compañía de Jesús (3).

Con la primera demostración, pues, que se intenta dar de la autenticidad de la *Mónita*: se encontró en poder de los Jesuitas: luego los Jesuitas son sus autores: no se concluye nada.

«La segunda prueba de la autenticidad consiste en que los Jesuitas realmente se han gobernado siempre conforme a estas máximas. De ello ofrece la historia innumerables ejemplos... Los Jesuitas no tienen conciencia alguna personal, y por tanto obran según estas prescripciones, porque para ellos la obediencia ciega es virtud altísima, o por mejor decir, la única virtud.» Así pues la *Mónita* es auténtica, que es lo que se había de demostrar. En semejante prueba, aun suponiendo que fuese recta la deducción, se habría de demostrar con hechos históricos que los Jesuitas proceden constantemente conforme a la dirección de la *Mónita*. Pero semejante prueba no se ha intentado ni una sola vez; ni basta

(1) Huber, *La Orden de los Jesuitas*, p. 106, 599.

(2) Diario durante el Concilio Vaticano (1873, 2.<sup>a</sup> edición), pág. 196.

(3) En los Tratados de la Universidad Real de Baviera, Sección histórica, tomo XVI, pág. 97, Friedrich dice allí: «El hecho de que en el saqueo del colegio de Praga se encontró en 1611 la *Mónita* y justamente ese ejemplar sirvió de original, según se puede juzgar probablemente para la primera edición de 1612, consta por la instrucción remitida a Forer.» En esta aserción, de que el mismo Friedrich en parte se muestra poco satisfecho, se encierran a lo menos tres errores. El texto de la Instrucción en cuanto a lo que ahora se trata, dice, según Friedrich (Apéndice I, pág. 151): *Negari non potest bimestri circiter ante Saxonum adventum, missos fuisse duos famosos libellos ad collegium*. Ahora es de advertir: 1.<sup>o</sup> Que los sajones llegaron a Praga, no ya en 1611, sino en 1631 por primera vez; y por consiguiente, no pudo emplearse el ejemplar si se halló alguno en 1631, servir de original para la impresión de 1612. 2.<sup>o</sup> No hay en la Instrucción una palabra por la cual conste que se encontró un ejemplar, sino sólo que fueron enviados ejemplares. 3.<sup>o</sup> Probablemente se trata de ejemplares impresos de la *Mónica* (duo famosi libelli). 4.<sup>o</sup> Y aun cuando hubieran llegado los Sajones a Praga en 1611, y en 1611 se hubiera encontrado el tal libelo, no se sigue de aquí aquella conclusión: así que probablemente sirvió aquel ejemplar de original para la primera edición. Cuando tan rigidamente se procede en juzgar a los Jesuitas como lo hace Friedrich, es preciso mirar la más estricta exactitud como doble obligación de conciencia. Sobre la realidad de la primera edición véase lo dicho arriba. Los errores señalados en este párrafo de Friedrich de 1891, los tomó sin examinarlos en 1894 Gustavo Kawerau en el tercer tomo de la Historia eclesiástica de Möller.



con apelar a la frase genérica *hay innumerables ejemplos*, para que ya con eso quede establecida la prueba. El círculo en el cual se mueve sin salir de él el señor Gräber viene a ser el siguiente:

Es preciso poner de manifiesto la esencia del Jesuitismo.

La esencia del Jesuitismo está en la *Mónita secreta*. Y es auténtica la *Mónita*, porque contiene la esencia del Jesuitismo:

Luego con la *Mónita secreta* se pone de manifiesto la esencia del Jesuitismo. Este modo de sacar conclusiones no ha llegado a enseñarlo la Lógica.

Por conclusión se le ha ofrecido al editor una leve duda sobre la autenticidad; pero, echándola de su mente, afirma con gran resolución: «*Quien ha leído esta Mónita, no puede a mi juicio abrigar duda alguna acerca de su autenticidad; por más que la circunstancia de haber de ser secreta, y haberlo sido en realidad, impida el que se pueda demostrar con certeza que las prescribiera por sí mismo el sutil General napolitano Aquaviva.*» Sigue aquí una nueva prueba que se muestra digna de las antecedentes: «*Compárese tan sólo esta Mónita con el Príncipe de Machiavelli, al cual pudo servir muy bien de modelo Aquaviva.*» Después asegura una vez más el editor su persuasión, que para él pesa más que cualquiera demostración científica: «*Según mi persuasión, la Mónita es obra auténtica y no sátira. Pero sea o no sátira, también las sátiras contienen la verdad: y que los Jesuitas—de esto se trata—hayan procedido conforme a estas máximas, es cosa bien conocida. Estas Instrucciones son como otras tantas palabras de consigna para todas sus obras*» (1). Estas frases llevan en sí mismas su refutación.

3. REFUTACIÓN QUE FLUYE DEL CONTEXTO.—Quien no está enteramente preocupado por la crédula aceptación de todas las monstruosidades que en los libelos difamatorios se han puesto a cargo de los Jesuitas, ni por consiguiente tiene a los Jesuitas por perversos impostores, y tales que sus crímenes no necesiten demostración; vendrá a persuadirse, apenas lea la *Mónita*, de que tiene en las manos un despreciable libelo difamatorio. En especial para aquellos que tienen, aunque no sea más que un corto conocimiento del Instituto de los Jesuitas y de la correspondencia familiar de los Superiores, es el sólo contexto de la *Mónita* su *más enérgica refutación*. Unicamente se presentarán aquí algunos ejemplos.

El 6.º capítulo de la *Mónita*: «*Cómo se han de ganar para la Compañía las viudas ricas*»; y el 7.º «*Cómo se ha de mantener la benevolencia de las viudas y disponer de su hacienda*», son una mezcolanza de prescripciones, parte inmorales, parte piadosas, para sonsacar el dinero de las viudas en favor de los Jesuitas. «*Si se las ha hallado dadivosas para con la Compañía, concédaseles lo que apetezcan para aquietar su sensualidad; pero con la moderación y evitando el escándalo... Visítese con ellas—pero sólo en secreto y de modo que no se llame la atención—el jardín o el colegio, y déseles licencia de conversar y tener recreación con aquellos que más les agrade... Cuando una viuda no dispone enteramente de sus bienes en favor de la Compañía durante la vida, expóngasele en oportuna ocasión, y particularmente en alguna enfermedad grave o peligro de muerte la pobreza de los colegios, y llévsele insensiblemente, pero con eficacia, a hacer los gastos necesarios para este fin.*»

Todo esto va dirigido a usurpar la herencia. Compárese con esto ahora una

(1) Gräber. *Las Instrucciones secretas*, pág. 70.

carta del decantado autor de la *Mónita*, el General Aquaviva, de 11 de Junio de 1587, a un Superior de Alemania que no había querido aceptar el legado de una señora en favor de la Compañía, a pesar de haberse obligado la testadora con voto a dejar aquella manda: «*El que V. R. en nada haya querido atender el voto de esa señora, escribe Aquaviva, que se había obligado de modo tan imprudente a dejar su posesión a la Compañía, lo he aprobado con mucho gusto, porque así es razón que se haga y así se ha de hacer siempre para cumplir con nuestro instituto, que repugna a tal proceder; y aún por sola la edificación. No se ha de inquietar V. R. por razón de ese voto: porque aunque no podemos nosotros invalidar el voto, podemos renunciar a lo que nos toca por razón del voto, con lo cual queda indirectamente libre de él el que lo hizo.*» Y muy en particular sigue escribiendo Aquaviva, es preciso reparar, cuando semejante persona tenga parientes necesitados.

En materia de amontonar dinero es la *Mónita* muy sin escrúpulo. En el 9.º capítulo: «*Sobre el aumentar la renta de los colegios*», se aconsejan todos los medios, por indecorosos que sean. «*Pueden por consiguiente los confesores de los príncipes, grandes, viudas y otras personas de quienes puede esperar mucho la Compañía, inculcarles con empeño lo que se refiere a este punto, es a saber para que ellos, ya que les comunican los bienes espirituales y divinos, deben recibir de ellos los terrenos y temporales: y nunca desaprovechar la ocasión de recibir lo que les ofrecieren.*» El mismo comercio, que en las Bulas de los Papas, no menos que en el Instituto de la Orden y en las genuinas cartas de los Generales, tan estrechamente se prohíbe, y cuya apariencia misma, según el Instituto se ha de evitar, se halla calurosamente recomendado en la *Mónita*: «*Puede asimismo la Compañía, ejercitar el comercio, bajo el nombre de los comerciantes ricos que sean amigos nuestros: pero se ha de poner la mira en alguna ganancia notable y segura, aun en las Indias, que hasta ahora no sólo ha dado a la Compañía muchas almas, sino también mucho dinero, con la ayuda de Dios.*» Se ha de enseñar a las mujeres a robar: «*A las mujeres que se quejan de los vicios de sus maridos o de su mal porte con ellas, enséñeselas a sustraer en secreto cierta suma de dinero, y ofrecerla a Dios para expiar los pecados de sus maridos y conseguir gracia para sí.*»

En el 4.º capítulo para los predicadores y confesores de los grandes se pone de nuevo la *Mónita* en contradicción con todas las prescripciones de la Orden y con una multitud de cartas verdaderas de los Superiores de ella: «*Su dirección ha de tender, no desde luego, sino poco a poco a gobernar los asuntos exteriores y políticos... Frecuente y calurosamente pueden excusarse del intento de mezclarse de cualquier modo que sea en los asuntos de Estado, y pretextar que sólo contra su voluntad y por deber de conciencia dan su parecer.*» De semejantes máximas es complemento la abominable recomendación que se hace en el cap. 17: «*Será de mucha utilidad fomentar cautelosamente y en secreto las enemistades entre los grandes y príncipes, aun cuando se vayan destruyendo sus fuerzas.*»

Compárese con esto la Instrucción para los confesores de los príncipes, que dió el P. Aquaviva en el año 1602 (1). Que esta Institución era en realidad la norma, consta, por ejemplo, del pasaje de Dudik en su *Correspondencia del*

(1) Institutum Soc. Jesu, 11, 225, 399.



*Emperador Fernando II con Becano y Lamormaini en que se dice: «Como en la primavera del año 1624 hubiese comenzado el P. Lamormaini su oficio de tanta importancia y responsabilidad, pudo ejercer este cargo de confesor del Emperador, conforme a la Instructio pro Confessariis Principum del P. Claudio (Aquaviva): En lo que toca al manejo de los negocios, encargo a V. R. muy en especial que ni se mezcle en ellos ni emprenda ninguno, a no ser que el Emperador lo exija: y aún entonces será con las limitaciones prescritas en los 4-6 de la Instrucción» (1).*

Las más importantes máximas de esos tres párrafos de la Instrucción del P. Aquaviva del año 1602 son las siguientes:

«Conforme a las estrictas prescripciones de la quinta Congregación general, debe el Confesor no entrometerse en asuntos exteriores y políticos, y únicamente ocuparse en lo que pertenece a la conciencia del príncipe... Es de gran importancia que el príncipe mismo le prohíba tratar de otros negocios. Ejercitará su oficio entonces con gran libertad y desinterés; y dejará libre a su penitente de las muchas molestias que suelen causar los que buscan la ingerencia del confesor para sus fines particulares. No ha de intervenir en modo alguno para lograr avenencias, pedir cargos o solicitar gracia o justicia para algún particular: pues tales cosas, aún en los casos permitidos, causan escándalos si las trata el confesor, máxime si éste es religioso. Advierta que aunque se halle en gran privanza con el príncipe, de suerte que no disguste a éste que use de alguna autoridad en su nombre, se debe guardar mucho de querer encomendar cosa o negocio alguno, de palabra ni por escrito, a los ministros... Y mucho más se ha de guardar de no dejar que le tomen por intermedio para advertir algo o reprender a los ministros o cortesanos en su nombre; sino que en caso de que le quieran encargar de este oficio, pida claramente que le excusen de él» (2).

La Congregación general quinta, que en este documento se menciona, había prohibido ya en el año 1593 expresamente toda intromisión en la política (3). Cuán realmente se cumple el estricto precepto que acaba de citarse, lo muestra bien una advertencia que hace Stieve, conocido por bien poco amigo de los Jesuitas: «Habiéndose excusado el Rector de Munich Hendel y el P. Gregorio de Valencia, de intervenir en asuntos de Estado, en virtud de un precepto de la Orden impuesto a sus miembros, de no intervenir en tales asuntos; se quejó el duque al General Aquaviva. Pero esta cuestión de los Jesuitas se resolvió, como con otros príncipes igualmente quejosos había ocurrido, y sin que hubiera ulterior dificultad, con sólo que declarasen ellos si en los proyectos propuestos se contenía algún pecado» (4).

Aún antes de publicarse el decreto arriba citado se presentó otro caso semejante. A 27 de Abril de 1592 escribe el presidente de la Cámara Cristóbal Newburger al duque Guillermo de Baviera, que él «con annuencia del serenísimo du-

(1) Archivo para la Historia de Austria, tomo 54, 11, 233.

(2) Institutum Soc. Jesu, 11, 226.

(3) Institutum Soc. Jesu, 1, 254, 265. Véase la séptima Congregación general (1615), 1, 305.

(4) Stieve. *La política de Baviera*, 1591, 1607, 1417 (Munich, 1878). La respuesta de Aquaviva de 3 de febrero de 1596, en Stieve, *Origen de la guerra de treinta años*, pág. 65, Nota 15.

que» ha preguntado al Rector del colegio de los Jesuitas de Munich como a consejero su parecer sobre los planes económicos proyectados: «pero ninguna respuesta apropiado he recibido de él: y además, entiendo que no tiene gusto en tratar de esta materia. Y aunque el Padre toma con interés cuanto es del servicio de S. E., conviene hacerle estos encargos lo menos posible, de lo cual el mismo religioso da por causa que donde una vez había empezado, allí le convenía adelantar, esto es, en la perfección religiosa, y no tratar de cosas ajenas a su vocación» (1).

Los Superiores de la Compañía de Jesús se han visto obligados a mantener perpetua guerra, no tanto contra cada Jesuita, cuanto contra los Príncipes, para contenerlos en su empeño de ocupar a los Padres en asuntos políticos. Esto demuestra por ejemplo, la correspondencia del General Vitelleschi con el Obispo de Augsburgo en 1634, en que el Obispo solicitaba el apoyo de los escritos de su confesor el P. Wagnereck en un litigio que tenía con la ciudad de Augsburgo. Y como en ocasión del tratado de paz de Munster arreciase el peligro de una intervención política de los Jesuitas, envió el P. General Caraffa en 25 de Enero de 1645, una exhortación al Provincial de la provincia de Germania la alta, para que trajese a la memoria a todos los preceptos del Instituto sobre no mezclarse en los asuntos políticos. Pocos meses más tarde, a 25 de Julio, dirigía el mismo General una carta al príncipe Maximiliano de Baviera, en la cual le conjura por el amor grande que en él reconoce a la Compañía, a que tratándose de la misma materia, y del P. Vervaux, su confesor «no le ocupe en asuntos que por el Instituto de la Compañía se hallan tan estrictamente prohibidos como los que pertenecen a la política (*qualia sunt illa quae appellantur Status*)». En los años subsiguientes dirige el General Nickel dos cartas a los Superiores de las provincias de Alemania, en las cuales nuevamente les encarece que a pesar de todas las instancias de los príncipes no se dejen mover a concederles Jesuita alguno para el manejo de asuntos seculares (2).

Todas estas cartas son auténticamente Instrucciones *secretas* para los Superiores, aunque apenas hay alguna que otra impresa, porque no fueron muchos los Archivos de los Jesuitas trasportados en tiempo de la supresión de la Compañía a las bibliotecas y Archivos de los varios príncipes: ellas suministran la más brillante demostración contra la autenticidad de las prescripciones de entrometerse en política, que de tan desvergonzada manera se han impreso en la *Mónita secreta*.

Vamos a presentar todavía una sola prueba sacada de la *Mónita* que nuevamente aparece en contradicción, no sólo con los preceptos del Instituto, sino aún con las cartas auténticas y las Instrucciones reservadas de todos los Superiores. En el ap. 17 se lee: «Finalmente, se han de procurar Abadías y Prelaturas, las cuales en caso de estar vacantes, fácilmente se obtendrán, siendo tanta la holgazanería e incapacidad de los frailes. Porque resultaría en gran provecho de la Iglesia, el que todos los Obispados los gobernase la Compañía, y la misma Sede Apostólica viniese a su poder, particularmente si el Papa fuera

(1) Aretin. *Maximiliano primero*, 1, 403. Nota 4 (Passau, 1842).

(2) El texto de esta carta, en parte literalmente, la publica, *Los Jesuitas y el caballero Enrique de Lang* (Augsburgo 1845) p. 12-16. La carta de 25 de julio de 1648, está íntegra en Stieve, origen de la guerra de treinta años, Apéndice P, 36.



*príncipe temporal dueño de todos los bienes.*» A quien se preocupa por hallar la verdad, le tocaría demostrar dónde y cuándo han pretendido Obispos los Jesuitas según los datos de la Historia. La Historia enseña lo contrario casi en cada una de sus páginas: inflexible firmeza de los Superiores en las máximas fundamentales del Instituto de no admitir nunca Prelatura alguna: firmeza de los profesos en mantenerse fieles al voto ofrecido a Dios de no pretender prelatura alguna. En este punto vemos no raras veces una verdadera competencia entre superiores y súbditos en alejar de la Compañía una prelatura que se ofrece con importunidad. Mencionaremos un Obispado que no sólo se ofreció, sino que absolutamente se quiso obligar a aceptar en Alemania a los Jesuitas Bobadilla, Jayo y Canisio. Léase tan sólo la carta de Jayo al Rey Fernando, de 25 de Septiembre de 1546, la del mismo a San Ignacio de 4 de Diciembre (1), y las cartas de San Ignacio a Jayo sobre la misma materia: la carta de San Ignacio de 6 de Diciembre de 1546 a Fernando, en la que tan enérgicamente insiste en que ningún Jesuita debe ser Obispo (2). Los mismos pensamientos que aquí expresa Ignacio, resaltan en la correspondencia entera de sus sucesores, quienes con bastante frecuencia se hallaron en el caso de tener que librar batallas semejantes en este punto para mantener la pura observancia del Instituto, aunque no siempre con buen éxito, pues a veces el precepto categórico del Papa impuso silencio a sus ulteriores representaciones.

El contexto de la *Mónita secreta*, puesto enfrente de las Constituciones y votos de la Compañía, comparado en especial con las verdaderas y secretas cartas de los Superiores de la Orden ofrece pues tan irrefutable demostración contra la autenticidad de ésta, que con razón se puede admirar que todavía quede la más leve duda sobre este punto, cuando se considera que tantos escritos han puesto ya en claro la falsificación. Los Jesuitas han rechazado constantemente la *Mónita* como un rabiado engendro antijesuitico: nunca han reconocido como propio su contenido. ¿Acaso no se ha de conceder valor alguno a este perpetuo testimonio? Gretser y Forer imprimieron textualmente los diversos documentos originales en que por autoridad competente fué declarada la *Mónita* como escrito lleno de saña contra la Compañía de Jesús y falsamente atribuido a ella (3). ¿Tampoco estos documentos tienen peso alguno? Forer agrega con razón la reflexión de cómo es posible que tantos hombres que de todos los estados, aún de los más conspicuos y de mayor instrucción, han entrado en la Compañía únicamente para poder en ella servir mejor a Dios y ayudar a las almas de sus prójimos, nunca hayan echado de ver nada de la práctica de esas execrables máximas de la *Mónita*, nunca hayan tenido noticia de ellas siquiera por indicios, y consiguientemente nunca hayan abandonado la Compañía?

Un seglar católico expone con más amplitud este pensamiento de Forer:

A pesar de que en la *Mónita* «se exhorta al vicio sin rebozo, y el Instituto

(1) Boero, P. Cl. Jaio (Firenze. 1878) p. 120, 124, 399.

(2) Cartas. 1.306. Los documentos sobre haber sido rechazado tres veces el Obispado de Viena por Canisio, están en Braunsberger, *Epistulae B. P. Canisii* 1.756.39.

(3) Gretser, opp. XII. 1012-1018. Forer, *Antanatomía* (Oeniponte. 1634). La Congregación del Índice prohíbe el escrito: *utpote falso Societati Jesu adscriptum, calumniosum et diffamationibus plenum*. (Decreto del 28 de diciembre de 1616, en Gretser. Opp. XI. 1012).

se menciona por escarnio, no ha habido sin embargo ni uno que volviera atrás, horrorizado de aquella caverna de impostores y malvados, o más bien antro de los mismos espíritus infernales, en que de repente se veía sumido cuando pensaba entrar en la Compañía de Jesús? Ninguno sintió los latidos de su conciencia, ninguno tuvo ánimo para dar cuenta a las autoridades eclesiásticas superiores de aquellos horribles y perniciosísimos misterios? ¿Fueron pues fascinados por la participación, quizás sólo por la vista, o aún por el simple contacto de las Instrucciones de la Mónica, y como los compañeros de Ulises se convirtieron en cerdos, así ellos de hombres virtuosos se transformaron en execrables malvados? Aquellos predicadores y misioneros tan inflamados en el celo de la salvación de las almas han venido a estimar en tan poco la eterna salvación de la suya, que se consagran totalmente nada más que al vergonzoso lucro temporal de su propia Orden?... Hubieron además de permanecer todos aquellos impíos en su maldad hasta su último instante, ninguno hubo de arrepentirse, ni aún en el lecho de muerte; ninguno advertir a su joven amigo todavía no corrompido; a nadie se le hubo de escapar una expresión reveladora; ningún viejo vuelto niño proferir palabras incautas; ningún superior depuesto sentir el aguijón de la ira... Tantas y muchas otras inverosimilitudes, casualidades increíbles y aún imposibilidades morales, es decir, un milagro moral, y hecho en beneficio de la perversidad y sus fieles amigos, ¿se han de aceptar mientras esos infames secretos que sublevar todo corazón generoso no se halle y demuestre con evidencia que son obra de la Orden de los Jesuitas, esto es mientras ni un solo Jesuita en el espacio de 170 años... suministre esa evidencia, antes bien todos callen, y lo que es más, en muchos escritos y en toda ocasión oportuna la hayan rechazado como producto apócrifo atribuido a los Jesuitas?» (1).

3.º JUICIO DE ADVERSARIOS.—Agreguemos a todas esas monstruosas consecuencias que era menester aceptar para establecer la autenticidad de la Mónica, la confusión y pareceres contradictorios con que se tropieza en todas las ediciones acerca del tiempo y lugar del hallazgo (2), y acerca de la pureza del texto (3), y entonces nos maravillaremos menos de que aún los más enconados enemigos de los Jesuitas, tan luego como por algún tiempo han estudiado las cosas de la Compañía, desprecian la Mónica como un libro apócrifo.

El Jansenista Antonio Arnauld escribe en una carta de 11 de Noviembre de 1688: «*Siempre he creído y creo todavía que la Mónica secreta es una farsa*

(1) Las Instrucciones secretas, p. 33-35.

(2) Sobre el hallazgo se han inventado diversos relatos; el primer hallazgo hubo de verificarse según unos en Praga; según otros en Paderborn; otros dicen en Amberes; otros en Lieja; otros en un buque expedido por los Jesuitas para la India, que apresaron los holandeses; otros en Glatz, cayendo en manos de un oficial prusiano; otros en San Sebastián, otros en Vitoria; otros en Roermond; otros en lo alto de una pared en un colegio de Jesuitas de Heidelberg; y todavía hay más versiones. Véase Nellessen: *La Mónica Secreta Soc. Jesu. obra maestra de embustes* (Aix-la-Chapelle 1825) pág. 3, 399, sobre el hallazgo de Amberes, consúltase Harenberg, *Historia pragmática de al Orden de los Jesuitas* I, 51, II; 1554. Noticias inofensivas (1702) pág. 149. Sobre los hallazgos de Paderborn y Heidelberg, véase a Doller, *Los enemigos de los Jesuitas*, pp. 6, 13.

(3) La diversidad de los textos y las contradicciones de unos con otros han sido muy bien demostradas en *Los enemigos de los Jesuitas*. Pág. 22, 399.



que se representa contra ellos (contra los Jesuítas); y que ellos no son en manera alguna sus autores» (1).

Otro escrito muy contrario a los Jesuítas es la *Tuba magna*, publicada en 1713. Este admite todavía la *Mónita secreta*; pero sólo en su primera edición, pues en el Prólogo a la segunda edición expresa el autor que por las pruebas que adujo Huylenbroucq, ha suprimido la *Mónita* en esta segunda edición; y más adelante declara expresamente que nada hay de común entre esta *Mónita* y los Jesuítas (2). Este hecho lo refiere también la hoja jansenística *Nouvelles ecclésiastiques* de 30 de Octubre de 1729; y agrega que en la tercera edición de la *Tuba magna* (I. 182), se expusieron las razones que prueban ser la *Mónita* un escrito falsificado. La misma hoja jansenista es de parecer que puesto que la *Mónita* es una falsificación grosera, no se ha de poner a cuenta de los Jesuítas (3).

El caballero de Lang, tan mal afecto a los Jesuítas, dice: «La *Mónita* es una manifiesta ficción y parodia que verosímelmente salió a luz en Bohemia siendo obra de furiosos enemigos de los Jesuítas, aparentando que había sido encontrada en un convento de capuchinos saqueado por el duque Cristián de Brunswick en Paderborn (4).

No menos resueltamente se expresa el historiador de la iglesia protestante Gieseler: «Que la *Mónita* es una sátira, se desprende de ella misma para los que la estudian sin preocupación; pero todavía se reconoce más claramente cuando se lee la Advertencia al lector que va al frente de las primeras ediciones, y es enteramente del mismo estilo y de las mismas ideas de la *Mónita*» (5).

También Juan Huber se pronuncia contra la autenticidad de la *Mónita*:

«Los Jesuítas presumieron como se ve en la Advertencia de Gretser, que el autor de la *Mónita privata* (6), era un ex-Jesuíta, que por despecho a causa de su dimisión, había compilado aquellas Instrucciones: juicio que aparece además muy fundado por entretenerse repetidas veces el escrito en explicar las máximas y reglas acerca del expulsar, y dilucida minuciosamente las intrigas y artes para perseguir y arruinar los miembros despedidos. Pero justamente esa exposición es una prueba contra la autenticidad de la Instrucción misma: porque a la verdad, no es probable que a los miembros de la Compañía, por más que estuviesen ya consagrados y probados, se les revelara semejante maniobra, que podía en determinadas circunstancias ser usada contra ellos, ya que aún los profesos de cuatro votos pueden ser echados fuera. Con esto se hubiera formado un sujeto que estaría enterado desde el principio de lo que tal vez haría más tarde la Orden contra él: práctica en verdad muy contraproducente y aún

(1) Oeuvres III (Paris 1775), 143.

(2) En la segunda edición de la *Tuba magna* (Argentinae 1715), p. 188, 399. Otra impresión concordante de esta segunda edición salió a luz con el título *Tuba altera* (Argentinae 1714). En ésta el lugar recién citado es la pág. 178.

(3) El texto literal está en Collombet, Histoire critique de la suppression des Jesuites, II, (Paris 1846) 458.

(4) Historia de los Jesuítas en Baviera (Nuremberg 1819) p. 25.

(5) Tratado de la Historia eclesiástica III, 2 (Bonn. 1853) 657.

(6) *Mónita privata* es el título de las primeras ediciones abreviadas, que aumentadas más adelante llevaron el título de *Mónita secreta*. (Gretser, Ingolstadt 1618) y Forer (Inspruck 1634) demostraron que la *Mónita privata* era una falsificación.

suicida, que no concuerda de modo alguno con la proverbial sagacidad de la Orden: por cuanto al mismo tiempo que se comunicaban aquellas Instrucciones al individuo, se le ponía con el conocimiento de ellas en estado de prevenirse contra ellas y asegurar su persona, caso de verse hecho objeto de la persecución» (1). Al acabar, da Huber su juicio: «A mí mismo, como a los escritores protestantes de Historia eclesiástica Gieseler y Dollinger, me parece la *Mónita* apócrifa, y como sátira contra la Orden... En particular, no faltan pasajes que manifiestamente muestran que se trata de una sátira: como cuando dice: «Los nuestros han de fundar sus colegios sólo en ciudades grandes, porque el fin de nuestra Compañía es asemejarnos a Cristo, que principalmente se detenía en Jerusalén, y los lugares pequeños los visitaba sólo de paso.» O cuando leemos que con el mejoramiento de los bienes temporales, renovará la Compañía la edad de oro. Finalmente se ha de notar a este respecto, que con el innegable espíritu de recta piedad de millares de los miembros de la Compañía de Jesús, es incompatible una Instrucción tal como lo que en la *Mónita* se contiene, propia solamente de una banda de facinerosos forrados de hipocresía. De aquí nace que el haberseles imputado esto a los Jesuitas, ha resultado más en favor que en daño de ellos; porque todas las maldades e immoralidades achacadas a ellos, como adversarios, recaen finalmente sobre sus acusadores mismos» (2).

Uno de los más activos enemigos de los Jesuitas es el apóstata de la Iglesia católica profesor Reusch de Bonn. Pero también él condena la *Mónita*: «Se ha dicho repetidas veces, a pesar de las explicaciones dadas por los Jesuitas, que en la *Mónita* se contenían las reglas secretas de conducta emanadas realmente de los Superiores de la Orden, pero ese libro es sin género de duda una sátira» (3).

(1) Huber, *La Orden de los Jesuitas* p. 106.

(2) Huber, *La Orden de los Jesuitas* p. 107, 399.

(3) Reusch. El Índice de los libros prohibidos, II, 281. Lo mismo dice últimamente en la Gaceta de literatura teológica (1890, Diciembre 655): «La *Mónita privata S. J.* es ciertamente una sátira del expulso de la Orden en 1611, Jerónimo Zahorowski». Después de haber juzgado así hombres como Gieseler, Dollinger, Huber, Reusch; y particularmente, después de las muchas refutaciones poco ha mencionadas, debe parecer por lo menos muy chocante que en un escrito que primero apareció como «Tesis para el Doctorado», y luego se amplió en los *Estudios de Halle* para la nueva Historia, (bajo la dirección de Droysens), se emite el siguiente juicio sobre la *Mónita secreta*: «Todavía no se ha puesto en claro si estas prescripciones secretas son una sátira, o no». Este juicio del señor doctor R. Krebs en sus «Publicistas políticos entre los Jesuitas y sus adversarios» (Halle 1890), revela una grave falta de independencia crítica, y es doblemente deplorable en un experto historiador. La misma carencia de crítica muestra el doctor Krebs en otro pasaje de su escrito, donde presenta como auténtica una carta del confesor imperial P. Lamormaini que está ya demostrado ser apócrifa, y se sirve de ella como testimonio veráz. La demostración de la falsedad se halla desde hace diez años publicado en el 10.º cuaderno de los mismos *Estudios de Halle*. Véase Reichmann, Los Jesuitas y el ducado de Brunsvich (1890) p. 28-355 y la ampliación de Onno Klopp en las *Hojas histórico-políticas*, 1890. Lo mismo reconoce Reusch en la crítica arriba citada: «Esta carta de Lamormaini es una falsificación». En su escrito «Bernardo Duhr y la enseñanza de los Jesuitas sobre el tiranicidio, Leipzig 1892» escribe actualmente otra vez el doctor Krebs: «Debe notarse expresamente, que yo en la pág. 28 según Sörtl, he citado una carta de Lamormaini, de cuya falta de autenticidad, he tenido que convencerme más tarde. (p. 3). Esta lealtad debía haberse empleado también cuando el doctor Krebs reconoció otros errores que se le habían escapado, como por ejemplo, el que ha vuelto a cometer acerca de la *Mónita secreta*.



El conocido profesor protestante Harnack, escribe: «Indudablemente han sido acusados de muchas cosas los Jesuitas, lo cual... no cede en descrédito de la Orden, sino de individuos particulares. Desgraciadamente se emplean contra ellos todavía falsificaciones como la *Mónita secreta*. Nosotros protestantes, debemos guardarnos de arrojar aquel falso testimonio contra esos «prójimos» nuestros» (1).

Otro profesor protestante, Tschackert, conviene también en el mismo juicio en una disputa contra los Jesuitas, diciendo: «Tuvo por autor la *Mónita secreta*, que es un libelo infamatorio, a un Jesuita expulso... Por lo mismo es de lamentar que esa invención sirva todavía de objeto de especulación a los libreros, y aún entre publicistas serios se haya recurrido a ella para juzgar a los Jesuitas» (2).

Aun el mismo profesor F. Rippold se ve forzado a escribir: «Entre las muchas estupideces—sit venia verbo—que en su mayor parte proceden de la ignorancia fundamental de la polémica protestante contra los Jesuitas, se repite todavía la simple narración de que la *Mónita secreta* es una Instrucción dictada por los Superiores de la Orden a sus súbditos» (3). Finalmente, La Liga evangélica: «La *Mónica secreta* es también en realidad una fábula acerca de los Jesuitas» (4).

Después de lo expuesto hasta aquí, tenemos el derecho de afirmar que: Críticamente, es del todo inadmisibile que la *Mónita secreta* se haya de atribuir a los Jesuitas. Se ha demostrado claramente cuál es su origen; y por otra parte no hay ni la más leve prueba en el lugar, el tiempo o el manuscrito, para tener por autor de él a la Compañía de Jesús o a sus Generales; mientras que el inmoral y desvergonzadamente sedicioso contexto de la *Mónita* patentiza hasta la evidencia su incompatibilidad, no sólo con todas las prescripciones del Instituto, sino también con todas las Instrucciones secretas de los Superiores de la Orden; y por consiguiente, muestra sin dejar lugar a duda su falta de autenticidad. Añadamos que los Jesuitas han mirado la *Mónita* constantemente con horror: que el admitir la autenticidad trae consigo toda una serie de absurdas consecuencias y milagros morales que con ella se tienen que aceptar: y que finalmente, aún los más acerbos enemigos de los Jesuitas, si se han ocupado por algún tiempo en el estudio de la Historia de la Compañía, rechazan la *Mónita* como indudablemente apócrifa; y se verá que apenas se puede disculpar cualquier duda que se abrigue en favor de la autenticidad.

(1) Gaceta de la literatura teológica. 1891, n. 4).

(2) La incompatibilidad de la Orden de los Jesuitas con el reino alemán (Berlín 1891) p. 5.

(3) Revista de la Teología científica (Hilgenfeld) 1895, p. 279.

(4) Anti-Duhr, p. 8.